

RODRIGO GARCÍA: SE AUTODESTRUIRÁ

VEINTITRÉS AÑOS DE CARNE CRUDA EN 'CENIZAS ESCOGIDAS'

ADVERTENCIA: NINGÚN ANIMAL HA SIDO DAÑADO O MALTRATADO EN LA EDICIÓN DE ESTE LIBRO

DIEZ. Manipula con precaución. Chaleco antibalas, máscara de soldador. Por ejemplo: la iniciática *Notas de cocinas* (1994) nos salta a la cara, la más reciente *Aproximación a la idea de la desconfianza* (2006) nos desfigura.

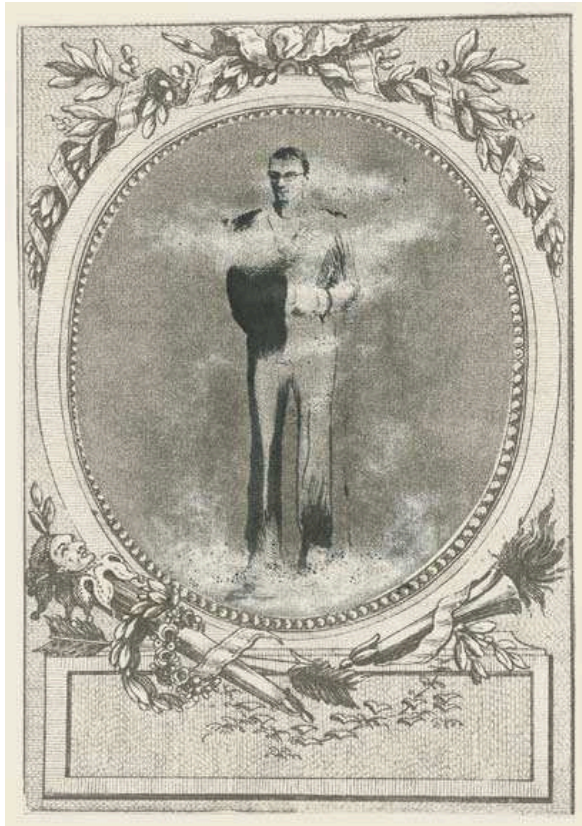
NUOVE. Quizá el verbo *manipular* no se adecue al contexto, aunque también puede que a Rodrigo García le satisfaga que el espectador/lector intervenga y reintente aquel mensaje que primero llama nuestra atención, y después nos remueve la conciencia y el estómago.

OCHO. Rodrigo García nace en Buenos Aires en 1964, se traslada a Madrid, más tarde a Asturias, ahora se debate entre el norte de España y Salvador de Bahía; sus palabras salen a escena con *La Carnicería*. Sin embargo, su concepto de un teatro que desciende de la vanguardia, y aprovecha la coyuntura política y social de su generación, triunfa más lejos de nuestras fronteras: no se te ocurriría elegir *Cenizas escogidas* como regalo para el Día de la Madre, pero... ¿Y si fueses un simpático y cultivado hijo francés?

SIETE. «Me como el lenguaje / con cuchillo, cuchara, tenedor, / y voy / haciendo agujeros / con las manos / en el mantel de papel» (*Lo bueno de los animales es que te quieren sin preguntar nada*, 2000). Bajo una primera capa/impresión trufada de marcas comerciales y mascotas que deambulan por la escena, el fondo del teatro de Rodrigo García disecciona las imposturas de nuestra época, planta cara a las convenciones impuestas, nos despierta con un «beso-sopapo» (*Todos vosotros sois unos hijos de puta*, 1999).

SEIS. Y es que: «Hábitos. / Yo definiendo que son hábitos / No me gusta que les llamen patologías» (*Cruda, vuelta y vuelta, al punto, chamuscada*, 2007).

CINCO. Rodrigo García no está solo: a la vez, en otro espacio, desarrollaba —y desarrolla— su trabajo Angélica Liddell; comparte formas e ideario con el dramaturgo y narrador Peio H. Riaño; le salen hijos como Celso Giménez y Pablo Fidalgo, de La Tristura. CUATRO. Regresemos, sin embargo, a *Cenizas escogidas*: todo el teatro de Rodrigo García en un solo volumen, de 1986 a



Posología recomendada: una pieza antes de dormir para soñar mal.

2009, incluyendo una pieza aún no representada, subrayando una evolución desde los primeros montajes con el *arty* por el *arty* por bandera, a los más comprometidos de su última etapa, siempre provocador.

TRES. «¿Te acuerdas del Performance art? / ¿Te acuerdas del Fluxus, del Happening? / ¿Te acuerdas de la tortura en Argentina? / ¿Te acuerdas de alguna paliza de tus padres?» (*La historia de Ronald, el payaso de McDonald's*, 2002).

DOS. *Cenizas escogidas* en la mesilla de noche: una pieza antes de dormir para no atragantarnos, una píldora para soñar mal. UNO. Rodrigo García escribe nervioso. Golpea la mesa a cada sílaba, marca el ritmo en el cristal. Lo imaginamos autodestruido a cada punto final. En la palma de nuestras manos, al olvidar la página, un puñadito de cenizas: cero.

CENIZAS ESCOGIDAS. OBRAS 1986-2009. La Uña Rota / 512 páginas / 24 euros

LAS MALAS COMPAÑÍAS



a esta mesa». Y es que las vidas continúan disfrazadas de viajes: la metáfora nos colma la boca, un vistazo a la historia nos recuerda que nosotros hemos descubierto poco, la realidad nos otorga la razón. En esta ruta de nuestra existencia que va a da a la mar, Brenda Ascoz escribe ligera de equipaje: «Me llevo a mis fantasmas conmigo», factura en una de sus maletas. Quizá, entre la ropa, le acompañe algún libro de Anne Sexton —se le acerca cuanto más cruda y cotidiana— o Sylvia Plath —en los recuerdos simbolistas—, de Ana Cristina César en los poemas más subterráneos, de Alejandra Pizarnik cuanto más coquetea con el aforismo: «Trasplantada a la humedad de esta tierra / sin raíces se ahora / que la menor de las brisas / me arrancará de cuajo». Irse para quedarse.

ÉCORCHÉ. Eclipsados / 56 páginas / 7 euros

EL ENAMORADO ELEGANTE



A los escritores también se les alteran las hormonas. Giacomo Leopardi, el poeta más representativo del xx italiano, una de las voces fundamentales del Romanticismo, comienza las notas de este *Diario del primer amor* confesando que lo que un hombre desea es —en el fondo— toparse con una maciza en la que regodearse y a la que piropear, y que colme gracias a su hermosura nuestros objetivos espirituales. Sin embargo, unas palabras que en la *Era Tuenti* sonarían igual que un SMS, con las vocales olvidadas en la mesa del dormitorio, se transforman con Leopardi en música celestial: según el prologoista, Rafael Argullol, «no pierde en ningún momento el sentido irónico y elegante de la tragedia de la existencia». Los Leopardi reciben la visita de una prima del padre, casada y diez años mayor que el adolescente Giacomo, y él se prenda hasta tal punto —en la semana, ni más ni menos, que le dura el amor platónico— que apenas lee y estudia. El volumen se remata con *Recuerdos de infancia y adolescencia*, otra obrita-semilla que anticipará su *Zibaldone de pensamientos*, pero que no logra ensombrecer el hallazgo de este librito: el relato de los días en que a Leopardi le subió la bilirrubina.

DIARIO DEL PRIMER AMOR. Errata Naturae / 80 páginas / 9,90 euros

AUTOPISTA AL INFIERNO

Una habitación oscura, desordenada, ejerce como decorado de la primera escena: en ella, un personaje masculino —deducimos que niño, puede que ya adolescente— combate su hastio mientras juega con las cosas de comer. En la segunda, la habitación se clausura con llave y él permanece dentro, planteándose si está encerrado o no: desde el principio hasta el fin de *Un paseo solitario* nos preguntamos a qué lado habita Wil, el protagonista. A partir de ahí, el descenso a los infiernos: presenciar el maltrato y los abusos sexuales a los que su familia le somete, recoger los motivos que le obligan a peregrinar por hospitales y centros de acogida, buscando ayuda, hurgando más en lo que no le conviene... Aun así, pese a la temática y el estilo descarnado, que no ahorra pasajes incómodos, *Un paseo solitario* no es una novela oscura, sino que posee una luz extraña, inventada, igual que las vías de escape del protagonista. Mientras la nota de contraportada remite a *El guardián entre el centeno* o *Alguien voló sobre el nido del cuco*, por el currículum de Wil, esta historia autobiográfica de Gul Y. Davies no deja de recordar a *Tideland*, esa película de Terry Gilliam que confundía las autopistas al cielo y al infierno.



UN PASEO SOLITARIO. Periférica / 176 páginas / 16 euros